

Habia llegado el mundo á tal punto de ceguera, que no podia soportar la menor idea del verdadero Dios. Atenas, la más culta de las ciudades griegas, condenaba la doctrina de Sócrates, porque era demasiado metafísica.

Toda la tierra se hallaba poseida del mismo error: la verdad no se atrevia á comparecer en ella. Mientras más se iban acercando los tiempos predichos para el cumplimiento de los oráculos mesianicos, se hacia cada vez más apremiante y sensible la necesidad del Redentor.

Habitaba en medio de las naciones occidentales del Asia un pueblo, cuyos profetas habian anunciado, no solo la venida del Mesias futuro, sino tambien sus actos y sus sufrimientos; Isaías dijo que el hijo de la Virgen se llamaria Emmanuel (Dios con nosotros); Jeremías le da el nombre celestial de Jehová; Malaquias ve á su precursor; Micheas designa á Betlen como el lugar de su nacimiento; Isaías predice que empezará su predicacion en los confines de la tierra de Zabulon y de Neftals, á lo largo de la mar del otro lado del Jordan y en la Galilea; David precisa la forma parabólica de sus discursos; Zacarías marca su entrada humildemente triunfal, así como las 30 monedas, precio de la vil traicion de Judas. Todas las circunstancias del gran sacrificio se cuentan muchos siglos antes de su cumplimiento; la falsedad de los testigos suscitados contra Cristo, la flagelacion de Este, su crucifixion entre dos ladrones, la lanzada que abria su costado, el sorteo de sus vestidos, las mofas con que le abrumarian los transeuntes, las oraciones de sus verdugos, etc., etc.

Llegó, en fin, el dia fijado para la reparacion; apoderóse de los ánimos una cabilacion inmensa, dominó á los pueblos un desasosiego contagioso, salieron de las ciudades misteriosos rumores, transmitieronse á las aldeas y acudióse en tropel á los astrólogos: los niños preguntaban á los ancianos; así bajo la tienda del árabe como en el Marjal del Batavo, todos se preguntan del siglo nuevo; jamás se ha visto agitacion semejante: jamás se ha estado en expectativa de tan grande esperanza. La misma Roma no se halló

exenta de preocupaciones, y en tanto que Atenas levantaba un altar al Dios desconocido que se aguardaba, Virgilio, el cantor inmortal, exclamaba: «Ved al mundo vacilando bajo el peso de su bóveda; las tierras, los vastos mares se regocijan como todo, por el siglo que va á nacer... el niño gobernará el mundo pacificado... perecerá la serpiente.»

Suena, en fin, la hora: el Redentor del mundo nace, no entre paños de púrpura, sino sobre húmeda paja. Su infancia transcurre en viajes, penalidades y oscuridad. A los treinta años empieza á predicar su doctrina. Reune en una las verdades diseminadas por todo el género humano; instruye con la palabra, confirma con el ejemplo, distribuyendo el precepto á los campos, á las ciudades, á los doctores, á los ignorantes. Venido para consolar á los débiles, á los indigentes y oprimidos, los llama: «Venid á mí, todos los que sufrís y estais abatidos, y yo os aliviaré.» Con la moral enteramente de amor, que enseñaba á los hombres, les dijo: «Amaos unos á otros.» Esparció su luz por espacio de tres años, y obró prodigios á vista del pueblo; para contar sus milagros seria preciso contar sus pasos. El cielo y sus ángeles, el infierno y sus espíritus, el mar y sus borrascas, todo aguarda sus órdenes para obedecer; todo parece decirle: «Aquí nos tienes.» A su voz los mudos hablan, andan los cojos, los sordos oyen, ven los ciegos y huyen los demonios; una palabra, un gesto, un deseo le basta para obrar las mayores cosas. Su mirada lee en el fondo del corazon de los que se le aproximan, y penetra en sus proyectos é inclinaciones; en las lágrimas de la Magdalena ve la amargura de su pesar, y los piadosos trasportes de su amor, en las aclamaciones del pueblo, su voluble adhesion y su obstinada ingratitud; en las preguntas de los fariseos y doctores, el dolo y las culpables confabulaciones de sus bajos celos; en el beso de Judas, su traicion y su impenitencia; en el corazon de Pedro, la debilidad de su defeccion y su noble arrepentimiento.

Toca á su fin la carrera evangélica de Jesús: pero su mision no está cumplida; sobre el Gólgota es donde debe

tener su desenlace el grandioso drama de la redencion del género humano. El Calvario ha retumbado á los golpes del martillo; ya está levantado el instrumento del sacrificio, y la víctima espiatoria se halla sobre el altar; Jesús extiende lo brazos como para llamar á todas las naciones á la monarquía del Rey Crucificado.

Las profecias se han cumplido; la naturaleza se turba; asóciase á los sufrimientos de su Rey; una mano secreta desgarró el velo del templo; hiéndense las rocas; quiébranse las lápidas de los sepulcros; el sol, por no alumbrar un crimen inaudito, vela su faz con un disco fúnebre: Jesús ha muerto.

Tres dias despues, los soldados encargados de la guarda del sepulcro, no pueden restituir el cadáver; háse estremecido la tierra, un ángel radiante de luz ha trastornado la losa, y segun su promesa, Cristo ha resucitado. Aparécese á sus discípulos, y poco despues sube á los cielos á sentarse á la diestra del Padre; su presencia; sobre la tierra no es ya necesaria deja en ella doce pescadores á quienes ha dado el encargo de hacer la conquista del mundo. Cuatro de entre ellos, San Mateo, San Márcos, San Lucas y San Juan, nos han trasmitido la vida, tan sencilla y tan sublime á la vez, de su Maestro. La ingenuidad del relato, la perfecta concordancia de los hechos importantes, la diferencia de los tiempos y lugares en que estos Apóstoles escribieron, son una prueba incontestable de la autenticidad de los sucesos enangélicos.

Empezó el Apostolado y su voz resonó de una extremidad á la otra del mundo conocido. Proclámase la liberacion del hombre; la libertad, la igualdad fueron predicadas en nombre de Jesús crucificado, y en breve se alistaron bajo el estandarte de la Cruz, familias, aldeas, ciudades y reinos.

Y tres siglos despues de la muerte de Cristo, mientras las naciones bárbaras se esforzaban, por medio de supplicios inauditos, en detener el progreso de su doctrina, se volvió á hallar el instrumento de la salvacion de los hombres, por el celo del empera-

dor Constantino y de su piadosa madre, y recibió la más alta consagracion. Levantóse un suntuoso templo en que se confunden las riquezas del Oriente y de Occidente, bajo el nombre del Santo Sepulcro, en el mismo sitio en que se verificó el gran misterio de la redencion del mundo.

Muchos siglos y revoluciones han pasado desde entonces sobre aquel monumento, y no obstante siempre se mantiene en pié, como verdadero faro, indicando á las naciones combatidas por el oleaje de la incredulidad y del error, el único puerto en que pueden estar al abrigo de las tormentas.

¿Necesitaríamos añadir algo más á este párrafo sobre el cristianismo en general y el catolicismo ó romano en particular? No lo creemos, cuando pensamos que nuestros lectores saben tanto como nosotros sobre esta religion, sus misterios, sus sacramentos y su sorprendente y pomposo culto externo, y además no nos lo permite el corto espacio de una revista.

MAHOMETISMO.

Cien millones de almas profesan la doctrina del libro llamado *Alcorán* ó el libro por excelencia atribuido á Mahoma, impostor árabe que nació por los años de 570 y murió en 731. Se pretende primero que Mahoma nació en una de las más antiguas tribus árabes, en la cual habia ocupado su familia mucho tiempo una categoría elevada, por estar encargada de la custodia é inspeccion del templo de la Meca, edificio igualmente respetado por los cristianos, judíos é idólatras en memoria de Abraham, ó más bien de su hijo Ismael, y que Mahoma tenia por consiguiente más derechos que ningun otro para erigirse en reformador de la religion que, segun indicamos anteriormente, seguian los primeros árabes.

Aunque estos hechos sean ciertos, su consecuencia es nula, pues la reforma de una religion, y mucho más el establecimiento de una nueva, no es un derecho de familia, y la mision de Mahoma no venia del cielo. Sigue, pues, tan solo de su nacimiento, que los árabes estaban más dispuestos

á escucharle que á otro, y que tenia más ventaja para fascinarlos.

Por espacio de quince años se encerró todos los años durante un mes en una cueva del monte Hera, y de esta suerte llamó la atención de los árabes para que creyesen en su misión. Al principio solo se anunció como enviado para restablecer la antigua religion de Abraham, de Ismael, de Jesús y de sus Profetas, y este fué el primer engaño á sus compatriotas, pues la religion que estableció no es la de Abraham, ni la de los judíos sus descendientes, ni la de Jesús, pues á ninguna se parece.

La ignorancia de Mahoma no es un hecho dudoso; él mismo se llama *Profeta no letrado*, y aun cuando no lo hubiera confesado, su libro lo demostraria, pues está lleno de absurdos, de faltas groseras en historia, geografia, en fisica y cronologia. Es una mezcla extravagante de los desvarios del Talmud, de los libros apócrifos que corrian en Oriente y de algunas tradiciones árabes. Mahoma reunió lo que habia oido á los judíos, á los arrianos, á los nestorianos, á los entiquianos y á sus compatriotas, que sabia bien no eran mucho más intruidos que él para contradecirle.

Prohibió el estudio de las letras y de la filosofia, y esta mandamiento fué durante más de un siglo tan estrictamente observado, que por él los kalifas hicieron quemar la rica biblioteca de Alejandria, y aun hoy dia los musulmanes detestan la imprenta.

Si examinamos la doctrina, la moral, las leyes de Mahoma, ninguna muestra de divinidad veremos en ellas.

La profesion de fé de los mahometanos se reduce á trece artículos, á saber: la existencia de un solo Dios criador; la mision de Mahoma y la divinidad del Alcorán; la Providencia de Dios y la predestinacion absoluta; la interrogacion del sepulcro, ó el juicio particular del hombre despues de la muerte; la reduccion á la nada de todas las cosas, aun los ángeles y los hombres al fin del mundo; la resurreccion futura de unos y otros; el juicio universal, la intercesion de Mahoma en este juicio, y la salvacion exclusiva de solo los mahometanos; la compensacion de los daños é inju-

rias que los hombres se hayan hecho mutuamente; un purgatorio para aquellos cuyas buenas ó malas acciones se hallen en la balanza; el salto del puente Agudo que conduce los justos al Paraiso y precipita á los malos en el infierno. El Paraiso de los mahometanos consiste especialmente en deleites sensuales, y el infierno en fuego eterno.

Mahoma no es creador de estos dogmas. De los judíos y de los arrianos tomó la unidad de Dios, lo entiende como ellos y niega que Jesucristo sea hijo de Dios. La predestinacion absoluta es uno de los errores de los árabes idólatras, y Mahoma habia sido idólatra. Este dogma destruye la libertad del hombre y hace á Dios autor del pecado. Estos puntos de doctrina, buenos ó malos, no están espuestos claramente en el Corán; están mezclados con fábulas, puerilidades y obscenidades sacadas la mayor parte de los libros del Talmud de los judíos, de los Evangelios apócrifos y de las historias novelescas que siempre han estado en boga en Oriente. Están engañados los que creen que el mahometismo es una especie de deismo; pregúntesele á un deista si suscribiria la profesion de fé de un mahometano.

La moral es peor que sus dogmas, pues prescribe con la mayor severidad ritos y actos exteriores, y parece que dispensa de todas las virtudes. Las purificaciones ó abluciones antes de la oracion, la peregrinacion á la Meca y la circuncision, eran usos antiguos de los árabes que Mahoma ha conservado, añadiéndoles la obligacion de orar cinco veces al dia, dar limosna, observar el ayuno del Ramadan, que es de 29 dias. En cuanto á las virtudes interiores, como el amor de Dios y del prójimo, la piedad, la mortificacion de los sentidos, la humildad, el reconocimiento para con Dios, la confianza en su bondad, la penitencia, etc., no lo menciona el Alcorán. Lejos de hacer caso alguno de la castidad, permite Mahoma todo lo contrario; la poligamia, el trato de los amos con las esclavas, la impudicia más grosera entre maridos y mujeres, la libertad de divorciarse y cambiar de mujeres.

Ninguna ley dió concerniente al trato de los esclavos, ni condenó la costumbre bárbara de hacer eunucos; permite la venganza, la pena del Talion, la apostasia forzada, el perjurio en materia de religion, y decide que la idolatría es el único crimen que pueda excluir á un musulman de la felicidad eterna.

Sin embargo de esto, el abominable Código de Mahoma, por el fanatismo astuto, intrigante, violento y armado de éste, subyugó á unos hombres ignorantes y viciosos, y despues de su huida á la Meca de edad de 53 años no dejó las armas de la mano durante diez: una série de combates contra los árabes idólatras y contra los judíos, una piratería continúa que se acrecentó despues de su muerte engrandeciéndolo á los kalifas, que llegaron á ser soberanos de la Arabia. No asombran sus victorias ni se atiende al estado que entonces se hallaba el Oriente. El Asia apenas tenia otros habitantes que la escoria de las naciones; ya no eran ni romanos ni griegos, sino una mezcla de toda clase de bárbaros; tracios, ilíricos, isauros, armenios, persas, escitas, sarmatas, búlgaros y rusos. Ninguno de estos pueblos podia ser adicto del gobierno ó de la religion.

El cristianismo estaba dividido en varias sectas que se odiaban. Los arrianos, los nestorianos, los entiquianos ó jacobitas, todos divididos entre sí se reunian para desear la ruina del catolicismo, y los judíos tenian menos aversion á los mahometanos circuncidados que hácia los cristianos.

Dueños de Arabia los kalifas, subyugaron el Egipto por la traicion de los coftos entiquianos. No tardaron en ser llamados á España por otra traicion del conde D. Julian, y desde que poseyeron aquella sus corsarios invadieron sucesivamente Cerdeña, Córcega, Sicilia y Calabria, ayudados por los griegos, enemigos jurados de los latinos. En sus capitulaciones prometian el libre ejercicio de la religion cristiana, pero en pocas lo cumplieron.

Sir Carlos Martel de Francia á principios del siglo VIII, y las victorias de

los príncipes normandos en Italia á principios del III, hubieran dominado á la Europa entera sumiéndola para siempre en la barbarie. Las Cruzadas de los siglos XII y XIII, y las conquistas de los portugueses en las Indias, han sido las que han quitado á la formidable potencia musulmana el recurso del comercio y las riquezas, reduciéndola al grado de debilidad en que hoy la vemos.

«La religion mahometana (dice Montesquieu), que solo habla de espadas, obra todavía sobre los hombres con ese espíritu de destruccion que ha fundado.» (L. 24, cap. 4.º)

Nosotros, pues, terminaremos diciendo, que unos conquistadores favorecidos por las circunstancias, presentando el Alcorán en una mano y la espada en la otra, no es extraño que hayan establecido el mahometismo en una gran parte del mundo.

No ha progresado de ese modo el cristianismo. Jesucristo y sus apóstoles han convertido, no dando la muerte, sino padeciéndola; no arrebatando riquezas, sino renunciando á ellas; no por la espada, sino por la cruz.

Tres siglos de persecuciones sufridas con invencible paciencia, desarmaron al fin á los enemigos del Evangelio; pero los mártires que los mahometanos enviaron al suplicio, no pudieron dulcificar su ferocidad, la de los bárbaros del Norte ha ido cediendo poco á poco á las caritativas instrucciones de los misioneros, pero la de los musulmanes es todavía la misma hace más de mil años.

Creemos terminado nuestro trabajo, pues si bien es cierto que aun existen por desgracia doscientos millones de hombres sumidos en las tinieblas del paganismo, nos parece escusado ocuparnos especialmente de esta religion, pues lo expuesto sobre la idolatría y los dioses de la gentilidad, es cuanto sobre ella pudiéramos repetir.

Quiera Dios que la única religion y culto verdadero, sean seguidos por todos los hombres, y con él adoren eternamente á su Criador.

D. C. R.